

puntualmente las órdenes que se les dieron, siguiendo la dirección á cada una de ellas señalada. Una vez que Bernadotte hubo provisto de víveres y de municiones la plaza de Hameln, y dejado en ella un poderoso presidio como también los hombres que no le parecieron muy á propósito para las fatigas de aquella campaña, se ausentó de Gottinga llevándose diez y siete mil combatientes, todos ellos de prueba. Dió parte en tiempo oportuno de su movimiento al elector de Hesse, guardando las fórmulas que el emperador le había prescrito; consintióle ese elector el paso por sus Estados, y aunque luego quiso volverse atrás, Bernadotte siguió su camino y atravesó la Hesse sin resistencia, llevando por delante empleados de la administración que en cada parada salían con toda suerte de bastimentos para las tropas, porque como pagaban á dinero contante andaban de sobra los especuladores para satisfacer á cual con más ahínco las necesidades del soldado. Todo ejército que consigo lleve un peculio, ni necesita de almacenes para vivir ni tiene que malgastar el tiempo, ni tampoco causar vejaciones en el país por donde pase, si á dicha se encuentra el país tal cual provisto de recursos alimenticios. Ese fué el único medio de que Bernadotte se sirvió, atravesando sin obstáculo ninguno las dos Hesses, el principado de Fulde, los Estados del príncipe archicanciller y la Baviera. Marchaba perpendicularmente del Norte al Mediodía, llegando el 17 de septiembre cerca de Cassel, el 20 á Giessen y el 27 á Wurtzburgo para imponderable consuelo del elector de Baviera, que estaba muerto de miedo entre las voces contradictorias que corrían respecto á los movimientos de austriacos y de franceses. Allí estaba entonces un ministro del emperador de Alemania, que había venido á ver si podía atraerse la voluntad del elector pidiéndole en nombre de su amo perdón y olvido de lo que acababa de suceder. Ninguna noticia tenía el ministro austriaco de la marcha de la división de Bernadotte, hasta que vió cómo se descolgaba la caballería por las cuevas que dominan á Wurtzburgo, lo cual le obligó á ausentarse más que de paso, abandonándonos ese príncipe para siempre, es decir, por todo el tiempo que duró nuestra prosperidad.

Mr. de Montgelas, que deseaba al proceder de su amo un colorido más apropiado á sus miras, salió pidiéndonos una precaución poco honrosa para la Baviera, esto es, que se alterase la fecha del tratado de alianza firmado con la Francia el 24 de agosto, fechándole del 23 de septiembre. Se accedió á su pretensión, y de esa manera pudo ese ministro sostener en Ratisbona á la faz de todos sus confederados, que no había ajustado tratado alguno con la Francia hasta el día siguiente á las violencias con que le acometió el Austria (1).

(1) Que según esa muestra debieron cumplirse el 22 de septiembre, lo cual está en completa contradicción con todo lo que se acaba de relatar. En efecto, el elector de Baviera sale de Munich en la noche del 8 de septiembre, y se queja ya de esas violencias en el manifiesto que lanzó al ausentarse. Las tropas austriacas en vista de esa ocurrencia se dirigen á marchas forzadas tras los bávaros, y no logran darles pique. Nuevas vejaciones de los austriacos en Baviera con el papel-moneda que llevan. De los males causados en esa triste expedición no es tan responsable Mack como Schwartzemberg, y Mack pasa en seguida á Ulm en cuya plaza ya estaba el 20. ¿Cómo, pues, conciliar esas fechas? ¿Cuáles fueron los insultos del 22? (N. del T.)

El general Marmont emprendió su movimiento Rhin arriba por la hermosa carretera que Napoleón había abierto siguiendo la orilla izquierda de aquel río, y que es una de las obras más magníficas de su reinado. Hallábase el 12 de septiembre en Nimega, el 18 en Colonia, el 25 en Maguncia, el 26 en Francfort, y el 29 en las cercanías de Wurtzburgo. Llevaba un cuerpo de veinte mil hombres, con cuarenta cañones bien montados y abundancia de municiones; pero hacia parte de ese cuerpo una división de tropas holandesas mandadas por el general Dumonceau, esto es, cinco mil soldados, siendo franceses los quince mil restantes, y franceses de un temple de alma como no se ve ejemplo en la historia de la guerra; regulo este solo hecho. Acababan de atravesar una parte de la Francia y de la Alemania, marchando sin hacer alto alguno durante veinte días, y cuando llegaron á Wurtzburgo nada más que nueve hombres se echaron de menos. Dichosísimo se hubiese creído cualquier capitán con no haber perdido en semejante jornada sino doscientas ó trescientas plazas, porque las primeras marchas que se ejecutan cuando se va á abrir una campaña son las que influyen en los temperamentos débiles, obligándoles á salir de las filas y á quedarse rezagados en los caminos.

Es decir, que á fines de septiembre ya tenía Napoleón en el centro de la Franconia, y á seis jornadas del Danubio, sesenta y dos mil hombres amenazando el flanco de los austriacos, los diez y siete mil de Bernadotte, los veinte mil de Marmont, y veinticinco mil bávaros reunidos en Wurtzburgo y animados de un verdadero entusiasmo por la causa de la Francia, entonces la suya propia, y que á la vista de nuestros batallones prorrumpían en gritos de imponderable júbilo.

El mariscal Davout con el cuerpo que salió de Ambletusa, el mariscal Soult con el que partió de Boloña, y el que con el mariscal Ney marchó de Montreuil, todos ellos se hallaron del 23 al 24 de septiembre sobre las márgenes del Rhin, habiendo atravesado Flandes, la Picardía, la Champaña y la Lorena, precedidos de la caballería que Napoleón puso en movimiento cuatro días antes de haberlo ejecutado la infantería. No hay palabras para ponderar el ardor con que todas esas tropas marcharon al enemigo. La división Dupont al atravesar el departamento de Aisne, hubo de dejar allí unos cincuenta soldados, que tenían la licencia, en el seno de sus respectivas familias; pero al día siguiente todos ellos aparecieron ya incorporados en las filas, y esa división que en lo más ardoroso del estío tuvo que hacer una marcha de ciento cincuenta leguas, sin un solo día de descanso, no enseñó ni un hombre enfermo ni ningún rezagado: ejemplo único debido al espíritu de las tropas y á un largo acampamento.

En Bretaña había formado sus divisiones el mariscal Augereau. Era su itinerario desde Brest, pasando por Alenzón, Sens, Langres, Beford, etc., hasta el Rhin, es decir, tenía que atravesar la Francia por su parte más extensa, y llegar á su destino unos quince días después que los otros cuerpos, porque con éste se contaba para formar la reserva.

Nunca asombro tan terrible como aquel en que cayó la Europa al notar aquella aparición tan imprevista del ejército francés que se presumía á orillas del Océano; y en veinte días, es decir, en el tiempo apenas necesario

para que se pudiera tener noticia de su movimiento, ya estaba en las márgenes del Rhin, ocupando además la Alemania meridional. Tal fué el efecto de una extraordinaria celeridad en las resoluciones, y de un arte sobrado profundo para mantener secretas todas cuantas disposiciones se tomaban.

Como el relámpago corrió de boca en boca la noticia de la aparición de los franceses, que dió margen á que los generales alemanes formaran este único juicio:—que la Baviera, y no la Italia, sería el teatro principal de la guerra, una vez que allí concurrían Napoleón y el ejército del Océano.—Fué consecuencia de este juicio el reclamar un aumento de fuerzas para la Suabia, y la orden, harto desagradable para el archiduque Carlos, de mandar al Tirolo uno de los destacamentos de la Italia, á fin de venir por el Voralberg en auxilio del general Mack. Se ve, pues, que nadie llegó á penetrar los designios verdaderos de Napoleón. Las tropas reunidas en Wurtzburgo no parecían destinadas sino únicamente para servir de asilo á los bávaros y defender al elector. El principal aglomeramiento de las tropas colocadas en el alto Rhin, á la entrada de los desfiladeros de la Selva Negra, parecía dispuesto á acometer el paso de esos desfiladeros; de suerte que el general Mack más y más se confirmó en la idea de guardar la posición de Ulm, cuya defensa se le tenía encomendada.

En cuanto Napoleón vió reunido todo su ejército, pasó á darle una organización que no ha cesado de conservar después, y también un nombre que sonará en la historia perpetuamente, el de GRANDE EJÉRCITO. Distribuyó ese ejército en siete cuerpos. Formaba el primero el general Bernadotte con los diez y siete mil combatientes que había llevado del Hannóver. El segundo era el del general Marmont, compuesto de las tropas venidas de Holanda en número de veinte mil. Componíase el efectivo del tercer cuerpo de veintiséis mil bayonetas, que el mariscal Davout trajo de Ambletusa y de las costas del Océano, donde habían formado la tercera línea. El mariscal Soult con el centro de ese ejército del Océano acampado en Boloña, y compuesto de cuarenta mil peones y artilleros, hacía el cuerpo cuarto. Había de formar el quinto la división Suchet unida con la de Gazán y los granaderos de Arrás, conocidos después con el título de granaderos de Oudinot, nombre de su bizarro jefe, debiendo constar este cuerpo de diez y ocho mil plazas sin contar la división Suchet, y estando destinado el mando de él al heroico, al amigo leal de Napoleón, al mariscal Lannes, mandado venir de Portugal para que tomase parte en la arriesgada expedición de Boloña, y ahora acompañando al emperador hasta las márgenes del Morawa, del Vístula y del Niemen. El sexto cuerpo contaba los veinticuatro mil soldados del campo de Montreuil bajo las órdenes del intrépido Ney. En una palabra, era el séptimo cuerpo el de Augereau, estaba en Brest, y se componía de las dos divisiones de á catorce mil hombres cuando más, que formaron la última línea de las costas del Océano. Todavía se dió más tarde el título de octavo cuerpo á las tropas de la Italia cuando pasaron á la Alemania el teatro de sus operaciones. Tal fué la organización que se dió al ejército del Rhin, pero con importantes modificaciones, de acuerdo con el genio que las produjo, todas necesarias á la ejecución de las grandes empresas que ese genio meditaba.

En las tropas del Rhin cada cuerpo, completo en sus distintas armas, poseía en sí mismo los recursos de un mediano ejército que podía obrar por sí solo, y presentar batalla en caso necesario. Por eso su tendencia al aislamiento, sobre todo bajo un general como Moreau que no obraba sino según sus propias inspiraciones y el impulso de su carácter. Napoleón había organizado sus tropas de modo que todas ellas pudieran recibir la inmediata dirección que él estimase darles. Cada cuerpo, completo solamente en la infantería (1), no llevaba en artillería sino lo indispensable, y en caballería puramente aquella que bastaba para su resguardo, es decir, algunos escuadrones de húsares y de cazadores, reservándose Napoleón el completarios en artillería y caballería, con el repuesto que de esas dos armas tenía bajo sus inmediatas órdenes; y si tal vez el terreno ó las circunstancias lo pedían, tomaba en uno de aquellos cuerpos para auxilio de otro, ya un refuerzo de artillería, ya un pelotón de coraceros.

En lo que mostró mayor empeño fué en poner la fuerza principal de la caballería á las órdenes de un solo jefe, y ese jefe en una dependencia inmediata de su voluntad. Sabido es que esa es el arma con que se persigue y acosa al enemigo en todas direcciones, con que se acaba de romperle desde que comienza á flaquear, con que se le ataja y acuchilla cuando se declara en retirada; y Napoleón tenía resuelto reservarse exclusivamente ese medio de preparar la victoria, decidirla y recoger sus frutos. Por tanto, reunió en un solo cuerpo los coraceros y los carabineros que estaban bajo el mando de los generales Nansouty y d'Hautpoul, con más los dragones de á pie y de á caballo que andaban con los generales Klein, Wálther, Beaumont, Bourcier y Baraguay-d'Hilliers, poniéndoles á todos ellos á las órdenes de su cuñado Murat, oficial de caballería el más gallardo de la época, y el que al lado de Napoleón representaba el *magister equitum* de los escuadrones romanos. Dotado ese cuerpo con baterías de artillería volante, á más del poder del sable llevaba también el del cañón. Pronto veremos cómo se despliega en las vegas del Danubio, arrollando austriacos y rusos hasta meterlos á punta de lanza en las calles de Viena con asombro de esa capital; caer en seguida en las llanuras de Sajonia y de la Prusia, perseguir las armas de esta potencia hasta derrotarlas completamente á orillas del Báltico, ó ya revolviéndose con la rapidez del rayo hacia Eylau sobre la infantería rusa, salvar la fortuna de Napoleón á favor de un empuje el más impetuoso que las masas armadas pudieran acometer ó recibir nunca. Veintidós mil hombres componían esa reserva, seis mil de coraceros, nueve á diez mil de dragones á caballo, seis mil á pie de la misma arma y un millar de artilleros montados.

En fin, era reserva general de ese poderoso ejército la guardia imperial, cuerpo el más magnífico del orbe, sirviendo á la vez de emulación y de recompensa para los soldados que se distinguían en la milicia, porque en las filas de esa guardia sólo podía formar aquel que trajera acreditado su valor. Componíase, como la guardia

(1) En sus distintas armas nos acaba de decir seis líneas más arriba el historiador. No notáramos esas contradicciones, si no fuera por lo que nos importa el ir formando el juicio del lector para que no le sorprendan tanto las cosas que de la España nos ha de contar Thiers andando el tiempo. (N. del T.)

consular, de granaderos y cazadores de infantería, y de granaderos y cazadores á caballo, asemejándose á uno de esos regimientos de los cuales no han quedado sino algunas compañías escogidas. También hacían parte de ella un hermoso batallón italiano, representando la guardia real del rey de Italia; un arrogante escuadrón de mamelucos, último recuerdo del Egipto, y dos escuadrones de la flor de la gendarmería encargados de la policía del cuartel general; en todo un cuerpo de siete mil hombres. Pródigo se mostró el emperador en la dación de artillería para servicio de este cuerpo, arma favorita de Napoleón, porque en muchas ocasiones suplía á todas las demás. Formóle, pues, un parque de veinticuatro piezas, armado y equipado con un esmero muy particular, saliendo á cuatro cañones poco más ó menos por cada mil hombres.

La guardia rara ó ninguna vez faltaba del cuartel general, debiendo ir siempre con el emperador en persona, con Lannes y con los granaderos de Oudinot.

Esos eran los elementos del ejército poderoso. Una existencia positiva de ciento ochenta mil combatientes, treinta y ocho mil caballos y trescientas cuarenta piezas de artillería. Si ahora tomamos en cuenta los cincuenta mil soldados de Massena y los veinte mil de Saint-Cyr, tendremos un total de doscientos cincuenta y seis mil franceses cubriendo el espacio que media desde el golfo de Tarento hasta la embocadura del Elba, y en el interior una reserva de unos ciento cincuenta mil quintos. Y si nos hacemos cargo todavía de veinticinco mil bávaros, de otros siete ú ocho mil súbditos de los soberanos de Baden y de Wurtemberg, todos ellos prontos para entrar en campaña, podemos decir que Napoleón con doscientos cincuenta mil franceses y unos treinta mil alemanes, iba á pelear contra quinientos mil aliados, entre los cuales se contaban doscientos cincuenta mil austríacos, doscientos mil rusos y cincuenta mil ingleses, suecos y napolitanos, que tenían su respectiva reserva en el interior del Austria, de la Rusia, y en las armadas inglesas. Y todavía contaba la liga que se había de reforzar con doscientos mil prusianos. No era eso imposible, si Napoleón no corría cuanto antes á la victoria.

En efecto, ansioso ya de medir sus armas con las de la liga, ordenó que sus tropas habían de pasar el Rhin desde el 25 al 26 de septiembre, después de llevar sacrificados dos ó tres días necesarios al descanso del soldado; al reparo de algunos accidentes en el material de la caballería y de la artillería; al repuesto de varios caballos ya heridos, ya cansados, que con ese fin se habían recogido en la Alsacia un crecido número de ellos; en fin, para preparar galleta en abundancia, y cuanto era menester para la formación de un rico parque. He aquí las medidas que él determinó para doblar la Selva Negra, tras la cual le esperaba el general Mack acampado en Ulm. Si paramos la atención en ese país que tantas veces visitaron nuestras armas, siendo por lo mismo causa para que con tanta frecuencia se hable de él en esta historia, notaremos que el Rhin, tomando su origen en el lago de Constanza, va con su caudal por la parte del Oeste hasta Basilea, para revolverse después repentinamente llevándole casi en dirección al Norte. Al contrario el Danubio que tomando su nacimiento en algunos manantiales de poco importe, no distantes del punto por donde aquel lago suelta el Rhin, se arroja al Este

sin apartarse apenas de esa línea hasta rendir sus aguas en el mar Negro. Están separados esos dos ríos por medio de una cadena de montes no muy considerable, y llamados impropriamente Alpes de Suabia, la cual cadena hace que el Rhin vaya á perderse en los mares del Norte, mientras que el Danubio se precipita en los del Oriente. La parte más encrespada de esa cordillera se deja ver desde la Francia, pero insensiblemente va después disminuyéndose hasta que del todo desaparece en los llanos de la Franconia entre Nordlingen y Donauwerth. De su seno, entreabierto y vestido de bosques conocidos con el nombre general de Selva-Negra, se descuelgan en busca del Rhin, el Necker y el Mein, y á la derecha el Danubio que va regando sus faldas enteramente desnudas de árboles, y dispuestas en forma de terreras. Hay que atravesarla por sus desfiladeros para ir desde el Rhin al Danubio, á no querer seguir contra el curso del Rhin hasta más arriba de Schaffhouse, ó bien faldeándola desde Strasburgo á Nordlingen y hasta los llanos de la Franconia que es donde muere. De dos caminos distintos se habían servido los franceses en sus anteriores campañas, ora atravesando el Rhin entre Strasburgo y Huninga, corriendo luego los desfiladeros de la Selva-Negra, ora subiendo el Rhin arriba hasta Schaffhouse, y pasándole cerca del lago de Constanza, de cuya suerte llegaron al nacimiento del Danubio sin necesidad de haber de vencer el paso de los montes.

Como Napoleón quería colocarse entre los austríacos acampados en Ulm, y los rusos que venían á reforzarlos, necesario le fué tomar una ruta enteramente nueva. Llamó ante todas las cosas la atención de los austríacos hacia los desfiladeros de la Selva-Negra, con el espectáculo de sus columnas en ademán de acometer el paso de aquellos montes, pero no haciendo en realidad sino costearlos hasta Nordlingen, esto es, doblar su falda con todos los cuerpos reunidos, y atravesar el Danubio por Donauwerth. Ese movimiento le procuraba la ventaja de recoger en el tránsito las divisiones de Bernadotte y de Marmont ya acampadas en Wurtzburgo; acorralaba la posición de Ulm, desplegaba sus fuerzas á espaldas de Mack, y realizaba el plan que en su imaginación resolvía desde mucho tiempo antes, plan del cual esperaba unas consecuencias vastísimas. El 25 de septiembre mandó Napoleón que Murat y Lannes pasaran el Rhin por Strasburgo con la reserva de caballería, los granaderos de Oudinot y la división Gazán. Murat había de correr con sus dragones desde Oberkirck á Freudenstadt, desde Offenburgo á Rothweil, desde Friburgo á Neustadt, asomando así con ellos á la entrada de los principales desfiladeros, como dando á entender que todo el grueso del ejército iba á penetrar por ellos; y para esa propia dirección se habían pedido toda suerte de mantenimientos, á fin de que mayor fuera la ilusión del enemigo. Con algunos batallones de granaderos debía apoyar Lannes todos esos reconocimientos; pero teniendo como tenía la mayor parte de sus fuerzas más allá de Strasburgo, camino de Stuttgart, el verdadero objeto de su misión era encubrir el movimiento de los mariscales Ney, Sault y Davout, encargados de pasar el Rhin mucho más abajo. El general Songis, jefe de la artillería, tenía echados ya con aquel objeto dos puentes de barcas, uno entre Lauterburgo y

Carlsruhe para la división Ney, otro en los contornos de Spira para la de Sault, estando ya á disposición de Davout el puente de Manheim. Transversalmente tenían que recorrer esos mariscales los valles que arriman á la cordillera de los Alpes de Suabia, costeano esa cordillera, y apoyándose unos á otros de suerte que les fuera fácil el prestarse un auxilio recíproco, caso de que el enemigo acometiese de improviso. Se les había dado orden de suministrar á cada soldado ración de pan para cuatro días, poniendo además en los bagajes galleta para otros cuatro por si fuese menester el tránsito de un punto á otro á marchas forzadas. Napoleón no salió de Strasburgo hasta haber despachado sus parques y sus reservas escoltados por una división de infantería; pero el 1.º de octubre ya pasó el Rhin acompañado de su guardia, dejando á la emperatriz en Strasburgo con la corte imperial y la cancillería de Mr. de Talleyrand.

Cuando Napoleón entró en el territorio del gran ducado de Baden, allí encontró ya toda la familia reinante que le esperaba para tributarle sus homenajes. Con tres generaciones de príncipes se le presentó el elector, venerable anciano, deseoso de alcanzar el beneficio de la neutralidad, beneficio que todos los soberanos de la Alemania de los de segundo y tercer orden deseaban también, y que era un verdadero sueño en semejantes circunstancias, porque desde que esos pobres Estados alemanes no supieron impedir la guerra resistiendo á las grandes potencias que la deseaban, inútil era prometerse que se habían de quedar á cubierto de sus desastres á favor de una neutralidad imposible, pues que por todos, ó casi todos aquellos Estados, tenían que pasar indispensablemente los ejércitos beligerantes. Napoleón en lugar de avenirse con la neutralidad los había brindado con su alianza, prometiéndoles concluir en ventaja de todos ellos la cuestión de territorio ó de soberanía que les apartaba del Austria desde los tratos pendientes aún desde 1803. Accedió al cabo á esa alianza el gran duque de Baden, ofreciendo contribuir con tres mil soldados, con víveres y medios de transporte, cuyo coste se había de satisfacer donde se tomaran. El emperador pasó la noche en Etlingen y en la mañana del 2 de octubre se puso en camino para Stuttgart. En poco estuvo el que antes de su llegada á esta capital no estallara una colisión entre el elector de Wurtemberg y el mariscal Ney. Conocido era en toda Europa ese elector por la extrema viveza de su imaginación y los arrebatos de su carácter. Trataba entonces con el ministro de Francia el ajuste de condiciones de una alianza á la cual no se sentía inclinado, pero de ningún modo quería que las tropas francesas se permitiesen penetrar en Luisburgo que era donde él tenía su casa de recreo, ni tampoco en Stuttgart su capital, antes de concluído aquel ajuste. Consintió Ney en no entrar en Luisburgo, pero en cuanto á Stuttgart lo que hizo fué asestar la artillería á sus mismas puertas, que incontinenti le fueron abiertas. Indecible es el despecho que con eso sintió el elector; pero llegó tan á tiempo Napoleón que logró templarle, fué recibido con una magnificencia admirable, y estipuló con aquel príncipe una alianza que ha dado margen al engrandecimiento de esa familia, no menos que al de todos los principados del Mediodía de la Alemania. El 5 de octubre se firmó ese tratado, com-

prometiéndose la Francia á aventajar en todo lo posible la casa de Wurtemberg, y ésta por su parte á contribuir á la Francia con diez mil bayonetas, con mantenimientos, caballos y carruajes que se habían de pagar al contado.

Tres ó cuatro días se detuvo Napoleón en Luisburgo, dando tiempo á que sus tropas de la izquierda llegaran á ponerse en línea. Era una posición sobrado delicada la de haber de correr unas cuarenta leguas flanqueando á un ejército enemigo de ochenta á noventa mil hombres, sin inspirarle grandes recelos, y sin exponerse á verle desfilarse de repente hacia una de sus alas; pero admirables fueron el arte y la previsión con que Napoleón acudió para salvar esos inconvenientes. Tres eran los caminos que desde el Wurtemberg guiaban á la extremidad de aquellas faldas de los Alpes de Suabia que asomaban al Danubio por entre Donauwerth é Ingolstadt. El principal era el de Pforzheim, Stuttgart y Heidenheim que seguía la orilla misma de los montes, y que comunicaba con la posición de los austríacos en Ulm por una multitud de desfiladeros; razón por la cual se hacía preciso andarle con cuantas precauciones demandaba aquella circunstancia y la proximidad del enemigo. El mismo Napoleón ocupaba ese camino con la caballería de Murat, el cuerpo de Lannes, el de Ney y la guardia. El segundo, aquel que desde Spira sigue á Heilbrón, Hall y Ellvagen, hasta penetrar en las llanuras de Nordlingen, le tenía tomado el mariscal Sault; quedando para el mariscal Davout el tercero, ó sea aquel que va desde Manheim á Oetingen pasando por Heidelberg, Neckar-Elz é Ingelfingen; camino no muy apartado de la dirección señalada á las divisiones de Bernadotte y de Marmont para trasladarse desde Wurtzburgo á las márgenes del Danubio. Napoleón dispuso el movimiento de esos diversos cuerpos de modo que todos ellos pudiesen encontrarse, del 6 al 7 de octubre, en los llanos que se extienden á orillas del Danubio entre Nordlingen, Donauwerth é Ingolstadt. En ese movimiento de conversión era mucho menor el círculo que tenía que describir el ala derecha que no el de la izquierda, y por tanto cuidó Napoleón de que aquella fuese cumpliendo sus marchas tan descansadamente cuanto convenía para que los cuerpos de Marmont y de Bernadotte, el de Davout que iba tras esos cuerpos, en fin, el de Sault que seguía al de Davout, y que todos ellos correspondían con el cuartel general, tuviesen tiempo de acabar su curso convergente.

Satisfechas suficientemente las condiciones de esa precaución, el emperador emprendió de nuevo su jornada el 4 de octubre (1) con todas las tropas de la derecha. Murat, con toda su caballería, no hacía sino correr de desfiladero á desfiladero, asomándose á la entrada de todos los que cruzan por aquellos montes, y apartando de cada uno de ellos sus escuadrones desde que veía su artillería y sus convoyes bastante adelantados para no haber de temer que el enemigo pudiera sorprenderlos. Napoleón, con las divisiones de Lannes, de Ney y la guardia seguía el camino de Stuttgart, dis-

(1) Salió el 2 de Etlingen para Stuttgart; detúvose en esta capital para ajustar un tratado de alianza con el elector; permaneció en Luisburgo tres ó cuatro días, lo que por lo menos nos pone en el 6 de octubre, y sin embargo el 4 emprende su marcha; aquí hay error. (N. del T.)